

Y no digo mas acerca de este asunto; pues supongo que lo habeis sentido y llorado con toda el alma al dulce son de las melodías de Bellini.

¡Solo os advertiré (pues esto no consta en la ópera) que si Felipe María Visconti mató á su mujer, su hermano, Juan María Visconti, mató á su madre!...

¿Qué os parecen los hijos de Galeazzo, del fundador de la catedral de Milan y de la Cartuja de Pavía?

Estamos en marcha...

El cochero canta para no dormirse; y canta una balada tirolesa, tan espresiva y tierna como toda la música de montaña.

Estos caballos son mas bulliciosos que los del tiro anterior.

En el camino se empieza á ver alguna gente. Por una parte nos alcanza el correo de Pavía: por la otra se cruzan con nosotros varias sillas de posta.—Todo ha cambiado en el viaje.

Ya no es solamente *il Duomo* lo que se descubre de Milan, sino una multitud de torres, cúpulas y campanarios...

Un vientecillo fresco y aromoso menea mansamente los altos árboles que se cruzan á veces sobre la carretera.

Del canal que siempre nos acompaña, se desprenden mil ramales que esparcen el riego por toda la llanura...

Démos un adios á la soledad y á la tristeza.

Ya principian las casas de campo ó sea las *avanzadas* de Milan... —El suelo es cada vez mas fértil.—Los olivares y los bosques de morales y moreras se pierden de vista por todos lados.—La capital, que se veía desde tan lejos, no se distingue ahora que la tenemos tan cerca... pero en cambio se oye su vago y *remistente* murmullo.

Estas casas y estos huertos que vemos á los lados del camino, constituyen ya un barrio de Milan.—Hé aquí la muralla... Hé aquí la puerta... (*Porta Ticinese*).—Pasamos la verja de hierro que sirve de entrada;—luego bajo un arco de triunfo, sustentado por cuatro columnas de granito;—después sobre un gran canal...

Esto es hecho: estoy en la capital de la Lombardía.

Son las cuatro de la tarde.

II.

Un paseo por las calles de Milan.—Estética recreativa.—Primera visita á la catedral.—*Guillermo Tell* en el *Teatro de la Scala*.—Recuerdos históricos.

—¿A qué hotel vamos, señor? me pregunta el cochero, parándose en la en-cruzada de tres calles.

—Al que esté mas cerca de la catedral, con tal de que sea bueno.

—Entonces iremos al *Hotel de la Ville*, que se halla situado á pocos pasos del *Duomo* y en la mejor calle de Milan: en el *corso Francesco*

—Vamos andando; pero no muy deprisa.

El coche toma por la calle de en medio.

El primer aspecto de Milan, al menos por este lado, recuerda en cierto modo á Sevilla.—Las casas son grandes, y entre una y otra se ven á veces magníficos jardines. Las calles, limpias, bien empedradas, pero estrechas y torcidas, buscan indecisamente un centro. La ciudad es completamente llana. Hermosas tiendas de comercio alternan con los amplios y vacíos portales de los palacios. A veces asoman corpulentos árboles por encima de las tapias de los huertos, y prestan sombra, olor y frescura á la calle contigua. El ornato y color de las fachadas son por lo general alegres y graciosos. No hay, en fin, rincón ni esplanada, calle ni plazuela, donde no se encuentren abundantes puestos de flores.

Pasamos sobre otro canal que marca el recinto de la ciudad antigua.

Aquí ya el movimiento y la vida de la población son extraordinarios. Miles de carruajes, muchos de ellos elegantísimos, discurren en todas direcciones. La gente *comm'il faut* se dirige á paseo en carretelas descubiertas, en lindas *victorias*, en *americanas* y en otros vehículos á la moda. Los coches de alquiler conducen á la clase media y á los hombres de negocios. Los ómnibus llevan de una parte á otra falanges enteras de ciudadanos de todas clases.

Desde luego llama mi atención la singular hermosura de los milaneses de ambos sexos.

Yo he oído tachar á estas bellezas, sobre todo á las femeninas, de demasiado fuertes, de muy huesudas y pesadas, y reconozco que algo habrá de cierto en esto cuando se las contemple de cerca. Pero vistas así, á distancia, las hijas de Milan son lo que se llama en nuestra tierra muy buenas mozas.

Su noble estatura; sus amplias proporciones; su altiva cabeza; su despejado y tranquilo rostro, blanco, lleno y descolorido, en que se destacan briosamente las dobles trenzas de su pelo, negras y relucientes como sus ojos; su misma quietud, su misma pesantez marmorea, les dan un aire grandioso, monumental, estatuario, que si carece de la esquisita insinuación de la gracia, inspira en cambio un sentimiento muy parecido al culto, y no sé qué temeraria ambición, semejante á la que nos hace desear subir á la escelsa cumbre de los montes.

Porque no hay que olvidarlo: la mujer es la musa, la inspiradora, el modelo ideal de todas las artes, como el hombre es la suma y clave de todas las ciencias.—Ya digimos que en el entendimiento del hombre está condensada y oculta, inexplorada y latente la sabiduría infinita: pues asimismo, en la belleza de la mujer reside la pauta misteriosa, la ley estética de todo lo que es y puede ser hermoso en la madre naturaleza y en las imaginaciones del hombre.—Hay, por consiguiente, mujer-poesía, mujer-pintura, mujer-escultura, mujer-arquitectura y mujer música.—Y hasta hay mujer-oficio, mujer-industria y mujer-comercio!—Pero estas últimas son aberraciones monstruosas, como las culti-latiní-parlas, las amazonas, las vestales y las feas.

En cuanto á las primeras que he citado, y permitidme la digresión, en cuanto á los cinco tipos eternos de las artes, ya comprendereis que no deben confun-

dirse entre sí.—Las cinco pueden ser bellas, y no parecerse en nada la una á la otra. Digo mas: algunas de ellas pueden no ser hermosas, é inspirar, sin embargo, vehementísimas pasiones.

La mujer-música, por ejemplo, puede llegar á ser una divinidad, aunque



Plaza Sabona en Padua.

esté desposeída de hermosura física; aunque tenga las facciones irregulares; con tal que no sea antipática al estómago, á la conciencia ni á los sentidos. (Y no llamo mujer-música á la mujer que canta, sino á aquella que produce en nuestra imaginación los mismos efectos que el canto, y que por consiguiente lo inspira.) La mujer-música, para ser un prodigio, solo necesita que su alma se filtre al través de su cuerpo; que sus ojos besen; que sus manos hablen entre las vuestras; que

al tiempo de andar, las leves ondulaciones de su talle revelen la esquisita naturaleza de sus mas recónditos pensamientos; que sus ademanes, su voz, sus actitudes, sus gustos, sus instintos, sus aficiones de todo género den por resultado un conjunto armónico de elegancia, de delicadeza, de gracia, de refinada sensibilidad, de no sé qué *espiritualismo voluptuoso* que parezca el celaje intermedio que separa ó reúne los cuerpos y las almas.

La mujer-poesía no tiene tampoco precisión de ser hermosa. Basta con que recuerde y represente algo que sea bello. La fealdad y la belleza no son antitéticas. Fea es una tempestad; fea es una tigre; feos son los verdugos del *San Bartolomé* de Rivera; y sin embargo, todo esto es muy bello. Yo temo, pues, por mujer-poesía á aquella que corresponde á un sentimiento poético: v. g. la de anticuada figura, que se diría sacada de una hornacina gótica; la tétrica y sombría, que parece una lady Macbeth; una tísica en segundo grado, cuyos ojos reflejan ya la eternidad; una campesina fresca y arrebolada como un albaricoque criado al sol; una gitana de color de cobre, flexible como las mimbres con que fabrican cestas, que recuerda la vida nómada de Asia y Africa; una americana dura, feroz, de aplanada cabeza, torva mirada, amenazante boca y desenvueltos hombros, que traiga á la imaginación las historias primitivas, las tragedias salvajes y los amores de las fieras, y otras muchas mujeres por el mismo estilo, cuyo principal encanto ha de ser siempre el misterio.

La mujer-pintura es aquella en que adoramos la suavidad de su tez, las penumbras de su garganta, las medias tintas de sus ojeras, el carmin de sus frescos labios, el amoroso vapor en que nadan sus menudos dientes, la sombra de los párpados sobre las mejillas, la plácida lumbré de los ojos, el apacible tono de la carne, los suaves hoyos de la risa, el lánguido ondear del pelo, los dintornos del talle, puestos de relieve por los siete colores de la luz, y sus puros contornos, dibujados por los tres lápices de las tinieblas; la tersura, la diafanidad, el calor, la blandura, el perfume, la mirada, la sonrisa, la graciosa regularidad de las facciones... pero no el alma y la gracia como en la mujer-música; no la originalidad y el misterio como en la mujer-poesía; no todavía el dibujo, ni las proporciones, ni la economía general, como en la mujer-escultura, de que hablaremos despues.—La mujer-pintura es la que generalmente se llama *una mujer bonita*.

Mujer-arquitectura es la que no puede considerarse sino en determinadas circunstancias, en cierta hora, en tal ó cual sitio, rodeada de tales ó cuales atributos. Como este arte es complejo, y por decirlo así, compuesto, la mujer que lo simboliza se representa siempre combinada con otras muchas cosas que no son ella. La mujer-arquitectura ha de estar, por lo tanto, peinada de este ó aquel modo, vestida de una manera dada, de pie sobre un trono, recostada en una barca á la luz de la luna, leyendo debajo de los árboles, bailando, corriendo la posta, galopando en un brioso troton, asomada á una ventana, etc., etc. Para esta mujer se inventaron los miriñaques, los vestidos de cola, las diademas, los revoques y afeites, los velos, los carruajes de doble suspensión, los palcos de los

teatros, las plumas y las joyas, y los lacayos elegantes.—En resumen: estas mujeres solo son bellas dentro de su posición accidental.

Viniendo ahora á la mujer-escultura, que es la que estamos viendo, os diré que es aquella de correctas formas, justas proporciones, clásicas líneas y equilibrados miembros, que, con expresión ó sin ella, insulsa ó agraciada, ingeniosa ó estúpida, simpática ó repulsiva, despierta en nuestro corazón aquel amor innato á la belleza humana, que tantas veces se convirtió en idolatría, y una instintiva adoración al inmutable tipo de la forma, ideal artístico de los griegos;—Elena inmortal, tan infiel como querida, tan hermosa como ingrata.

Decíamos, pues, que las milanesas parecen nobilísimas esculturas.

En cuanto á los milaneses... que los analicen las escritoras.

Yo repetiré solamente que son también muy buenos mozos.

Milan es hoy un pueblo alegre, ruidoso, voceador, entusiasta.

Y digo hoy, porque ayer no era lo mismo.

Ayer gemía bajo la dominación austriaca, y los viajeros que iban estos últimos años de Milan al Piamonte, nos hablaban de la tristeza, del mañismo, del lúgubre silencio que reinaban en toda la Lombardía, como hoy se habla en la Lombardía de la tétrica desesperación y amargo desaliento en que yace la misera Venecia.

Figuraos, pues, el júbilo, el vértigo, el ansia de vida y de placer que agitarán á Milan, después de tantos años de servidumbre.—La bandera tricolor italiana ondea, no solo en los edificios públicos, sino en muchas casas particulares. Las esquinas se hallan totalmente cubiertas de anuncios de libros, de espectáculos y de ceremonias referentes á la resurrección de la Lombardía, á su independencia, á su libertad. Los retratos de Garibaldi, Victor Manuel, Napoleon y Cavour se encuentran en todas partes. La Milicia Nacional (de rigoroso uniforme) recorre calles y plazas, respirando á grandes tragos el aire de la libertad, y midiendo con marciales pasos el alborozado suelo de la nueva Italia. Los organillos tocan, entre otros, aquel vehemente himno, cuya letra dice:

¡Que muera Radetzky!...

himno prohibido durante once años, bajo pena de la vida; ó aquel otro, compuesto el año pasado, cuyas primeras palabras son, si mal no recuerdo:

Ewíva l'Italia
é Napoleone...

Los últimos resplandores del sol, hiriendo horizontalmente las fachadas de algunas casas, reverberando en las vidrieras de los balcones y haciendo bullir como un dorado humo el polvo de las calles, presta su alborozada luz á la gozosa muchedumbre.

La lengua italiana deja sentir sus melódicos acentos en gritos y cánticos, en los pregones de los vendedores y en los fugaces diálogos de los transeúntes...

Al doblar una esquina, leo en un cartel: TEATRO DE LA SCALA... Oggi mercoledì... GUILLERMO TELL...

¡Oh fortuna! ¡Esta noche se canta *Guillermo Tell*... la obra maestra de Rossini! ¡Y en el *Teatro de la Scala*! —No faltaré, á fé mía.

Así andamos todavía un cuarto de hora.—El cochero se ve muy apurado para abrir camino al cabriolé entre tantos carruajes como se cruzan en todas direcciones.

Al fin desembocamos en una plaza irregular... Levanto la vista... Y ¿qué es lo que veo?

—¡Para! ¡Para! le grito al conductor.

Este detiene los caballos, y señalando á lo que tanto me había sorprendido, dice quitándose el sombrero:

—¡Ecco il Duomo!

El aviso llega tarde.—Yo he adivinado, yo he sentido, yo he reconocido ya á la *Catedral*.—¿Qué otra cosa puede ser esta montaña de mármol que se eleva en medio de la plaza?

Pocos edificios, acaso ninguno, producirá en el ánimo del que lo mira por primera vez, una admiración tan súbita, tan espontánea, tan decidida como la catedral de Milan.—Aun para el hombre más rudo, más lego en artes, más indiferente y frío, verla y entusiasmarse serán una misma cosa.—Y es que hay en este monumento (aparte de su mérito artístico, y quizás sobre él), no sé qué hermosura física, material, eterna... al alcance del gusto más vulgar.

Semejante circunstancia, tratándose de obras de arte, no es una recomendación, sino, por el contrario, es casi siempre un síntoma funesto.—El vulgo se complace más de lo raro que de lo bello, de lo abigarrado que de lo puro, de lo difícil y laborioso que de lo noble y sencillo. La plebe, que se detiene estasiada delante del churrigüesco *trasparente* de la Catedral de Toledo, del enorme *San Cristóbal* pintado en sus muros, de la fachada del Hospicio de Madrid, de los *Santos de Novara* y de otras aberraciones por el mismo estilo, pasaría indiferente por delante del Parthenon; ve sin asombro el *Jacob* de Rivera, y no encuentra bello, sino grotesco y ridículo, un bajo-relieve del siglo XII.—Sin embargo, hay creaciones privilegiadas, que son á un mismo tiempo sublimes y populares, y cuya hermosura afecta de igual manera al profano que al profano.—Tales son, por ejemplo, el palacio árabe de Granada, el *San Antonio* de Murillo y el grupo de *Laocoonte*.—Y tales son, en otro orden de ideas, el *Quijote*, Napoleon el grande y el *Barbero de Sevilla*.

Pues esto precisamente acontece con la catedral de Milan.

Y vais á comprenderlo.

La catedral de Milan es el mayor edificio de mármol blanco que hoy existe, y está construida en estilo gótico.—El gótico, que da un aire místico, ascético, solemne y pavoroso, á pesar de su ligereza, á la piedra amarilla ó parda, renegrida por el tiempo, en que se emplea comunmente, es risueño, gozoso, angelical, triunfante, cuando labra el mármol blanco.—Por otra parte, el gótico (como ya lo hemos indicado una vez) modificó sus líneas al pasar los Alpes; se dilató, por decirlo así, al ardiente sol de Italia; reflejó algo de las artes paganas

que le salieron aquí al encuentro; y ensanchó sus ojivas, aclaró sus naves, perfiló mas cuidadosamente sus columnas, y albergó en sus capillas y contuvo en sus bóvedas el luminoso y perfumado ambiente del Mediodía.—Semejante transformación (que yo no celebro; pues despojó al estilo gótico de lo mas esencial de su carácter) dió lugar á una arquitectura de transición, decadente, desvirtuada, híbrida en ocasiones (las ventanas y las puertas de la fachada del *Duomo* son greco-romanas); pero arquitectura reveladora, espresiva, acomodada al tiempo y al lugar en que se produjo, y no exenta de gracia, de sublimidad y de poesía.

Ahora bien: la catedral de Milan, blanca como una paloma; vaga y aérea como todos los edificios góticos; alegre y brillante como un templo gentil; bañada en la fulgente luz del cielo italiano; bordada, como un velo de encaje, de vistosos casetones cuajados de estatuas; de elegantes doseletes, de preciosas molduras y de finas archivoltas; coronada de cien esbeltas agujas, que se levantan al cielo como atrevidos cipreses; poblada toda de esculturas, que se escalonan desde la base de las pilastras hasta su altísimo remate, y que parecen representar las gerarquías celestes; esta catedral, decia, mas hermosa como idolo que perfecta como simbolo, produce en todos los ánimos una grata y dulce emoción, un sentimiento blando y cariñoso, una respetuosa confianza, semejante á la que inspira el amor materno; una devoción concreta, determinada, local; no sé qué halagüeña simpatía, en fin, que se dirige á la voluntad por medio de los sentidos.

Y esto se explica sin esfuerzo alguno.—Los italianos, que (como muchos españoles) ponen mas fe en la Virgen que en Dios, hasta el extremo de haber algunos que jamás piensan en Dios y siempre tienen en sus labios el nombre de la *Madonna*; los italianos, que no han dejado nunca de ser un poco gentiles, y sienten y comprenden mejor en la religion cristiana todo lo que es hermosura, triunfo y esperanza, que lo que es rigor, penitencia, trabajo, miedo y sufrimiento: los italianos, que por naturaleza y por tradicion se complacen en adorar como bueno lo que es bello; en confundir en un mismo culto á la mas hermosa y á la mas pura de todas las mujeres; en referir el ideal de la virtud al ideal de la forma artística... no revisten sus afectos religiosos de aquella austeridad, de aquella misantropía, de aquella fúnebre compuncion que hace amables á otras almas entristecidas todos los tormentos del Calvario; que las lleva á pedir á Jesucristo parte en sus dolores, y que acaba por presentarles el mundo como una larga Calle de la Amargura. Sus iglesias, por consiguiente, no son tampoco tristes y luctuosas como aquellas que todos conocemos y que yo tanto amo, en que el espíritu fatigado de las vanidades y alegrías mundanas encuentra no sé qué santo terror, no sé qué paz mortuoria; tinieblas y soledad en las capillas; luz profética, reflejo de otro mundo, en las mortecinas lámparas; dolor mayor que el nuestro en las imágenes del Crucificado que vemos en los altares; santidad y sosiego en todas partes...—La religiosidad y los templos de los italianos son, como la catedral de Milan, festivos, gozosos, entusiastas, idolátricos, semi-gentiles.

MARLE NASCENTI (á la Natividad de María) está dedicado el *Duomo*.—Y su riente aspecto, su blancura, su esplendidez, justifican la advocacion.—El estilo gótico ha perdido aquí su solemne tristeza. El sentimiento germánico se ha trocado en pasión latina. El sol de Italia ha desvanecido las eternas nieblas del Norte. La piedad se ha convertido en amor; el misterio en júbilo: la oración en himno.—La catedral de Milan es, por tanto, la casa de la Virgen: es un templo levantado en su honor: es la Virgen misma:—*domus aurea*.

Pensando estas cosas y otras muchas he permanecido en la catedral mas de media hora, sin atreverme á pararme en pormenores, de miedo de pasar en ella el resto del día, y sin resolverme á ir en busca del *Hotel de la Ville* y dar por terminado mi viaje.

Al fin decido esto último, con gran contentamiento del cochero; pero no sin prometer al *Duomo* volver antes de una hora.

Entro, pues, en el *Corso Francesco*, que principia en la misma plaza de la Catedral.

Llámase *Corso* en este país toda calle que, arrancando del centro de una ciudad, llega hasta sus afueras. Las calles secundarias llevan el nombre de *contrade*, y las de circunvalación el de *strade*.

El *Corso Francesco* es la arteria principal de Milan, y se dilata con los nombres de *Corso* y de *Borgo* (barrio) *di Porta Orientale*.—Es ancho y vistoso, aunque no recto, y sirve de punto de exhibición á la alta sociedad lombarda, que se pasa la tarde andándole y desandándole *in carrozza*, y departiendo amigablemente con los que pasean á pie por las aceras.

El *Hotel de la Ville*, donde ya me encuentro, es inmenso, destartado, pero magnífico y lujoso.

El balcón de mi cuarto da sobre el *Corso*, frente por frente de *San Carlos Borromeo*, enorme iglesia mal proporcionada; remedo servil, pero infortunado, como tantos otros, del *Pantheon* de Agripa; redonda por consiguiente, coronada de una cúpula chata, y precedida de un exagerado pórtico de colosales columnas corintias de granito, en que se apoyan algunas casas viejas, acabando de afearle y escarnecerle.

En cambio, la vista del *Corso*, lleno de suntuosas tiendas, y cuajado de elegantes coches y de una copiosa multitud, es muy bella y animada en este instante.—Dicho se está, sin embargo, que damas y caballeros, tiendas y carruajes, edificios y cocheros, están adornados al estilo de Paris.

Desde el hotel me vuelvo á la catedral; pero al llegar á la plaza que lleva su nombre, reparo en otro gigantesco edificio, en que hace poco no fijé la atención, preocupado como estaba con la fachada del *Duomo*.

—¿Qué palacio es aquel? pregunto á una viejecita que vende estampas, medallas y relicarios alusivos á San Carlos Borromeo, sentada delante de una mesilla, á las puertas de la catedral.

—El *Palacio de la Corte*, me responde la interrogada,—no sin aconsejarme que le compre algo, como memoria de mi visita al *Duomo*.